

POLONIA, UN PAÍS DE LA "NUEVA EUROPA": SU PASADO RECIENTE Y SUS ASPIRACIONES PARA EL FUTURO

Francisco Castillo Arenas

Cuando el presidente George W. Bush pidió apoyo a los países europeos para el ataque a Irak en la tercera Guerra del Golfo¹, se encontró con que el escenario en el continente era muy diferente al que tuvo su padre en la segunda. El Pacto de Varsovia había caído y los países del Este se habían liberado de las directrices soviéticas, teniendo capacidad para dirigir sus propias políticas exteriores. Este panorama podría parecer más favorable para obtener una unanimidad a favor de las tesis norteamericanas, pero en la práctica, Bush se encontró con dos posturas, una a su favor y otra en contra.

El presidente de los Estados Unidos no tardó en bautizar como la «Vieja Europa» a los que se le oponían y como la «Nueva Europa» a los que le apoyaban. La «Vieja Europa» era capitaneada por el eje franco-alemán, que creó la Unión Europea y ha sido su motor. La «Nueva Europa» englobaba a su tradicional aliado, el Reino Unido, y a países occidentales con gobiernos que se habían destacado por su sintonía con la política republicana, como la España de Aznar (importante por ocupar en ese momento un asiento en el consejo de seguridad de la ONU) y la Italia de Berlusconi. Pero lo que llamó más la atención fue la práctica unanimidad de militancia en este grupo de los países que había formado parte del bloque este, destacándose por su determinación Polonia.

Polonia es un país que ha sido campo de batalla entre el oriente y el occidente europeo. En el siglo XVIII fue objeto de reparticiones entre Prusia (Alemania), Austria y Rusia y sólo resurgió nacionalmente tras la Primera Guerra Mundial. En el «período de entreguerras» el país combatió contra los bolcheviques y se orientó hacia el oeste. La Europa occidental la atraía, por sus países ricos y poderosos que podían sostener su independencia contra Rusia y contra Alemania. La alianza se cumplió, y la invasión alemana provocó la entrada en guerra de sus aliados, Francia y Reino Unido. No obstante, esto no sirvió para evitar que Polonia cayera, y tras la Segunda Guerra Mundial, occidente no pudo impedir que quedara bajo la tutela de las tropas soviéticas y se instalara en ella un gobierno aliado de la URSS.

Para los polacos, como para todos los países de la zona, los años comunistas se recuerdan con amargura y se reniega de ellos. En sus nuevos libros de historia se hace hincapié en sus procesos democratizadores. El caso polaco fue paradigmático, pues se desmontó el sistema comunista tras la convocatoria de unas elecciones libres, ganadas por un movimiento nacido en las huelgas de 1980: el sindicato «Solidaridad». Su dominio era tan claro que el régimen tuvo que admitir elecciones parciales en 1988 y la formación del primer gobierno no comunista del este, presidido por Mazowiecki.

Se presenta, pues, Polonia ante el mundo como un país consciente (y orgulloso) de haberse «liberado» a sí mismo. Con un tejido intelectual importante (Geremek, el propio Mazowiecki, etcétera) y una formidable influencia de la Iglesia católica. Pero también como un país de 312.500 km² (tamaño superior a la media europea) y una población de 39 millones que crece espoleada por dicha Iglesia, y a su vez registra una alta tasa de paro, situación que supone un revulsivo para sus habitantes, preocupados por mejorar su situación.

¹ Se considera como la primera Guerra del Golfo, a la guerra Irán-Irak ocurrida en la década de los 80 del siglo XX.

Polonia ha vuelto sus ojos de nuevo hacia occidente. La Unión Europea ha demostrado su rentabilidad económica y su nivel de vida tiene un fuerte efecto de llamada en los países de este, como se constata en la emigración. Las negociaciones con Polonia revistieron especial dificultad, lo que no fue una sorpresa dados su tamaño y su predominante y obsoleto sector agrario; pero también una gran dureza que sorprendió a sus interlocutores europeos.

El sentimiento europeísta polaco es práctico. Por un lado, su deseo de entrar en la estructura económica de la Unión es diáfano, pero ha dejado claro que no cree en tener una política exterior común. A la par, ha abrazado la idea de ligarse a un poder más fuerte y que hasta ahora sí ha demostrado tener operatividad en la práctica: los Estados Unidos.

Este esquema se puede aplicar a todos los nuevos miembros de la UE venidos del este, pero el caso polaco es más relevante, primero por ser el más grande de estos, y segundo por su determinación. Polonia no desea sólo estar abrigada por los EE UU, sino que está jugando fuerte esa baza para alcanzar un estatus mundial. En la UE sorprendió su decidido apoyo a la invasión de Irak (se rumoreaba que una vez dentro, iba a estar bajo la órbita alemana), y más aún el envío de su ejército para participar activamente en la invasión. Hubo españoles a quienes les pareció humillante que nuestras tropas quedaran bajo mando polaco en la posterior ocupación, pero los polacos fueron taxativos: ellos pelearon y los españoles no; por lo tanto, mandaban ellos. Los polacos no están habituados a ceder, y los negociadores de la UE lo han comprobado.

La postura polaca está causando sentimientos encontrados entre sus socios. Por un lado causa admiración en algunos por sus aspiraciones y no plegarse ante sus socios. Para otros es un Caballo de Troya de los Estados Unidos en la Unión, siendo esta última la que la financia. Polonia ha entrado con grandes déficits y siendo una receptora nata de los fondos estructurales comunitarios que, entre otros usos, sirven indirectamente para que haya renovado sus arsenales militares con material occidental homologable con sus congéneres de la OTAN. El material que se está usando en Irak.

La persistente resistencia iraquí está haciendo enflaquecer ante su opinión pública la postura belicista del presidente Aleksander Kwasniewski y del primer ministro Marek Belka, pero no tanto porque se cuestione la rentabilidad de ir de la mano de los EE UU, sino porque Polonia está comprobando que la *Grandeur* puede ser cara, tanto en dinero como en vidas. De momento, los réditos de la invasión parecen no haberse hecho efectivos.

La Unión Europea tiene el problema de que no logra encandilar con su futuro prometido a Polonia, a la que le atrae más el «pájaro en mano» que le ofrecen los EE UU. Eso sí, habrá que buscar vías de armonizar los intereses de todos si se quiere que la Unión sobreviva. Un país con el poder demográfico de Polonia (y su forma de negociar) no puede ser ignorado, y más con la cantidad de fondos que recibe. Esa combinación de «está contra nosotros cuando nosotros la financiamos» es una mezcla explosiva por ambos lados. Si Polonia se sale con la/s suya/s, arrastrará a los nuevos socios del este con ella, lo que podría conducir a que los estados «pagadores» se nieguen a financiar a un país que se gasta el dinero en aventuras coloniales y que, a su juicio, peca de una soberbia poco realista.

Como dijo Niels Bohr «Predecir es muy difícil y sobre todo el futuro», pero aun así nos arriesgaremos a plantear cuatro posibilidades:

1. Que las dificultades en Irak se acaben convirtiendo en inasumibles para Polonia y le hagan recapacitar sobre sus capacidades y aspiraciones.
2. Que Polonia suavice sus formas de actuar y procure no irritar con ellas a sus socios (y financiadores) europeos.
3. Que las postura polaca sea respaldada por los hechos y sea para siempre un escollo en la Unión Europea.
4. La menos realista, que Polonia salga de la Unión y ésta siga su desarrollo sin ella.

El desafío de Polonia a la Unión ha sido lanzado.

